



LA SEMANA MANUEL CAMPO VIDAL

Núñez Feijóo se va (pero no se va) de Galicia

La política en Galicia tiene a veces pasajes italianos con un ingenio en las frases y en las fintas muy particular, poco usual en el resto de España. El conocido tópico «del gallego no se sabe nunca si sube o si baja la escalera», lo superaba Manuel Fraga Iribarne refiriéndose así al inefable Pío Cabanillas Gayas (o sea, el padre): «Pío es el único gallego del mundo del que no se sabe si sopla o aspira». El propio Cabanillas ofreció frases magistrales al inicio de la Transición cuando aún se debatía, entre egos indomables y urgencias de calendario, la formación de lo que sería la Unión de Centro Democrático: «Ganaremos, pero aún no sabemos quiénes». O cuando le advirtieron los periodistas que algunos políticos pedían su cabeza: «Será para usarla», les tranquilizó.

El ingenio verbal no es exclusivo de los líderes populares gallegos. Abel Caballero, hoy alcalde de Vigo con más votos en cada elección, se enfrentó a Fraga Iribarne en 1997 cuando el presidente ya había dicho varias veces que no se presentaría. «Entonces, será usted candidato frente a José Cuiña», le dijimos. «No. El candidato será Fraga, aunque ahora lo niegue», respondió. «¿Afirmas que Fraga miente?», replicamos. «No miente; lo que pasa es que aún no lo sabe». Lo clavó. Terminaron convenciéndolo y Fraga arrasó de nuevo. Caballero, que ya iba justito en las encuestas, tuvo la mala suerte de que un inoportuno Felipe González anunciara en un mitin de aquella campaña, en Orense, que se retiraba de la política. Y los socialistas se desplomaron.



Ahora le toca el turno a Alberto Núñez Feijóo, más cartesiano en sus declaraciones, con bastantes aciertos y algunos errores. Aciertos como cuando dijo: «Yo no he venido a insultar a Pedro Sánchez. He venido a ganar a Pedro Sánchez». La primera frase es una enmienda a la totalidad a la política de Pablo Casado y su lugarteniente Teodoro García Egea; y la segunda, insufla moral de victoria a los suyos. También errores como cuando afirmó que «nunca he visto un Gobierno tan autista» y se le rebelaron las asociaciones de padres de niños con esa enfermedad. Tuvo que disculparse.

Con cuatro años de retraso sobre el horario lógico previsto, Núñez Feijóo dejará la Xunta de Galicia, después de tres mayorías absolutas, para presidir el Partido Popular y aspirar a la Moncloa. Crea un vacío en la Xunta; pero quien no sepa interpretar correctamente sus deseos puede caer al abismo si trata de ocuparlo. Alguno ha estado a punto. En vísperas de un Comité Ejecutivo del PP gallego en el que se iba a aprobar el nombre del sucesor, el presidente del PP en A Coruña, Diego Calvo Pouso, llamó a varios alcaldes sondeando la posibilidad de que el sucesor fuera él mismo. «Algunos no entienden que Feijóo se va de Galicia, pero no se va. O sea, que se va a Madrid, pero seguirá en Galicia por elevación». Gráfica descripción a la gallega la que hace el ex conselleiro de Fraga, Juan Miguel Diz Guedes. Y para ello, nombrar sucesor a Alfonso Rueda, y no a otro, garantiza la ejecución de ese misterioso trabalenguas: «Feijóo se va, pero no se va».

Queda claro: unas clases urgentes de gallego —no del idioma, sino del estilo— se recomienda a políticos, periodistas y asesores para entender que el PP nacional será más sutil y «menos de sierra mecánica», a la madrileña. Para evitar desperfectos.

EL CORRO PEDRO VICENTE

Una vicepresidencia ociosa



En política cuando las cosas no son fáciles de explicar suele ser porque tienen difícil explicación. Y es lo que le está ocurriendo al inminente vicepresidente de la Junta, Juan García-Gallardo, cuando se afana en justificar la existencia de su cargo, una inédita vicepresidencia sin cartera y sin funciones ejecutivas que eleva de once a doce los asientos del nuevo gobierno presidido por Alfonso Fernández Mañueco.

A ojos del líder de su partido, Santiago Abascal, al que fuera cabeza visible de Vox en las elecciones del 13-F se le puso cara de vicepresidente la misma noche electoral. Y está a punto de serlo. Con lo que nadie contaba era con que la Junta se dotara de una vicepresidencia sin atribuciones de peso únicamente para realzar al socio minoritario de la coalición. «Voy a estar entretenido con mis propias funciones y la principal, que es la coordinación de nuestras consejerías y la supervisión de las del PP», arguye García-Gallardo.

No creo yo que ni dicha «coordinación» ni dicha «supervisión» figuren en el decreto que regule sus funciones, ya que ello supondría admitir oficialmente compartimentos-estanco dentro de un mismo gobierno, así como un menoscabo de la autoridad del presidente, único facultado por el Estatuto de Autonomía (art. 26) para dirigir las acciones de la Junta y coordinar las funciones de sus

miembros. La bisoñez política de García-Gallardo no le exime de conocer la norma básica institucional de la comunidad autónoma.

Y la expresión «voy a estar entretenido» delata por sí misma la trascendencia que el próximo vicepresidente concede a sus propias funciones oficiales, en absoluto justificativas de una vicepresidencia que, eso sí, dispondrá de una estructura que elevará el gasto político muy por encima del sueldo a percibir por su titular. Un dispendio sin parangón en ninguna otra comunidad autónoma y del que son corresponsables los dos partidos coaligados, que en su pacto de gobierno propugnan «la reducción significativa del gasto institucional superfluo».

Desde que el PP se hizo cargo de la Junta, cierto halo de maldición ha rodeado al cargo de vicepresidente, figura sobre la que han recaído todo tipo de percances. Varios de ellos han terminado tropezando con la Justicia, el primero Miguel Pérez Villar, condenado por prevaricación en el caso de la minería. Ninguno ha conseguido heredar la presidencia de la Junta y casi todos han salido políticamente abrasados.

Edecán mandado por Abascal para verificar el cumplimiento del pacto, el principal riesgo de García-Gallardo puede que radique en la sobreexposición mediática con la que erróneamente tratará de aparentar el peso político del que realmente carece.

AL TRASLUZ EDUARDO AGUIRRE

La alegría de Cervantes



Conmemoramos este viernes el fallecimiento del autor del Quijote. Y voy a recomendarles un libro sobre él: *Sales cervantinas. Cervantes y lo jocoserio* (Ficticia, 2018). Lo acabo de terminar y me ha gustado mucho. Ahora bien, no crece en las ramas de los árboles, como ocurría en la Edad de Oro. Les llevará su tiempo conseguirlo, pero la dificultad forma parte de la prueba. Fue editado en México, aunque lo hayan escrito dos españoles: Fernando Romo e Isabel Lozano-Renieblas. Mi ejemplar me lo trajo de USA la poeta Margarita Merino. A ella se lo mandaron a Tennessee desde una librería de California, pero antes el ensayo hizo un largo vagabundeo a través del país, como en la canción de Woody Guthrie. Cuando no deambulaba por los Apalaches, ay, se le había visto por New Orleans, y uno con el corazón en un puño, pues, en efecto, es obra difícil de conseguir en España. Ambos cervantistas han acuñado el término «jocoserio», para referirse al hasta entonces inexplorado territorio al que nuestro Miguel llevó la comicidad, liberándola del escarnio y de la mofa. Lo suyo era y es distinto. Al efecto de lo jo-

coserio sobre el lector este juglar de columnas lo llama «sonrilágrima». La obra del alcalaíno —escriben— representa la superación de «la risa de la superioridad». Para ellos, el dialogar entre don Quijote y Sancho terminó siendo «lo que seguramente Cervantes hubiese designado alegría». Qué hallazgo tan bello, en un texto repleto de ellos: alegría..., casi hemos olvidado su sabor. Viva México y la Universidad Veracruzana que lo editó, en una colección dedicada con seriedad a la risa.

Ahora, ya el ejemplar en mi biblioteca, me gusta que haya dado tantas vueltas, pese al riesgo de quedarse en Monument Valley o por Milwaukee. Más estuvo vagando Ulises.

En su día grande, ¿qué le regalas a un escritor inmortal que no fuma, ya no necesita llavero y nunca se cambia de gola? «Al Príncipe de los Ingenios ha de alegrarle ese libro que a usted le ha gustado tanto...», me sugerirá el desocupado lector. Vale, si el viernes le tengo delante, presente siempre lo está, le entregaré mi ejemplar de *Sales cervantinas*. Pero con advertencia: «Sin prisas, don Miguel, pero con vuelta». Este mío ya ha dado bastantes.